

jes doctrinales, a los que siempre ha sido reacio; antes bien, apunta ideas, tal vez para que otro las desarrolle o simplemente por el mero placer de jugar al boceto, al esbozo de algo que solamente en esbozo puede tener gracia y sentido, eludir la trampa de convertirse en sistema, en orden ficticio. Ya algunos de los títulos de las secciones de este libro definen con bastante claridad el pensamiento de su autor: "El escepticismo sacralizador", "El desafío de la muerte", "Epitafio amenazador para la futura tumba de la ciencia"... Pensamiento que, partiendo de un escepticismo nihilista, llega a una gozosa afirmación del azar; y de la blasfemia contra el Dios Único —que él llama El Abstracto Señor e identifica con el Estado Único y Centralizador— pasa a la piedad para con los dioses múltiples. "Todo es azar sobre azar", dice en el inicio del capítulo titulado "Suerte y artificio: ritual"; pero este azar no es el "loco y babeante sultán de demonios, morador del Centro del Caos", que angustiaba a Lovecraft; es más bien negación de un orden aún más loco y babeante, de una necia voluntad, de sentido donde no lo hay.

Negación; palabra clave, a partir de la cual toda la obra de Savater se estructura. Negación de cualquier Sistema establecido, y también de todo antisistema "contraculturalista", convertido en envés del Estado de Cosas, y por lo tanto en su contrapartida; negación del racionalismo decimonónico y de la Ilustración dieciochesca, pero también del irracionalismo ciego que nos lanza directamente en manos de gurúes y santones de baja especie. Savater ha abdicado del racionalismo, del culto a la Diosa Razon, pero nunca de esa razón minúscula que es la del sentido común, aceptado como convención y convenientemente despojado de todo misticismo; porque también hay una mística del buen sentido, que lleva a la fe en la Ciencia y en la Tecnología, a la adoración al Progreso; en suma, a la Tecnocracia Policial en que vivimos.

"De los Dioses y del Mundo" es un libro profético; anuncia algo que no está en el futuro —pues el futuro no existe—, sino aquí: el retorno de los Dioses Múltiples, la vuelta del Gran Pan —que "muerto, sueña", como diría Lovecraft refiriéndose al gran Cthulhu—; la sacralización del Mundo, profanado por el Dios Único, que ha

separado lo real de lo sagrado. De ser en la muerte, pasaremos a una existencia viva, donde lo cotidiano es ritual, donde cada rincón encierra un dios o —lo que es lo mismo— un pensamiento.

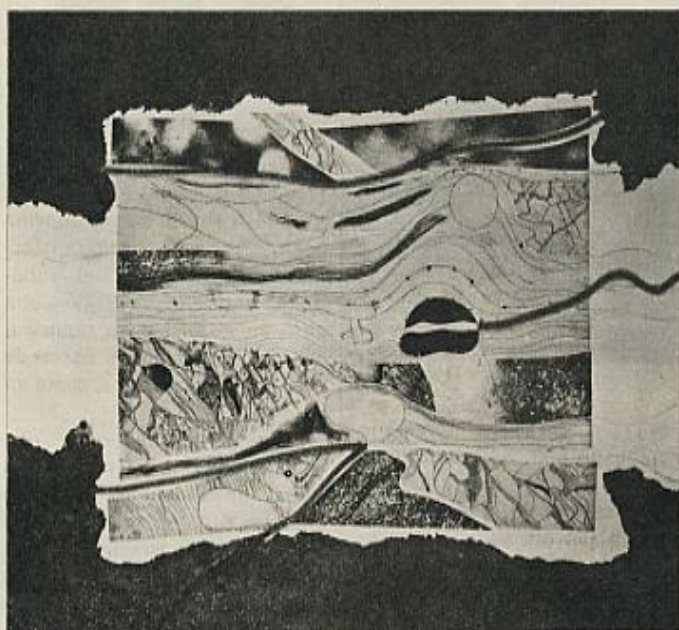
No me es posible considerar a Fernando Savater como un "filósofo" en el sentido tradicional y académico del término: se trata más bien de un narrador que piensa, siguiendo la tradición iniciada por Nietzsche y continuada por Bataille. Su estilo impecable —con ciertos giros afrancesados que aumentan su gracia—, su humor corrosivo —crítico—, su imaginación poderosa, hacen de él un creador de mundos; en suma, un novelista de lo real.

Para concluir esta breve nota, reconozco mi incapacidad para resumir el pensamiento múltiple de Fernando Savater; no puedo más que invitar a quien me lea a correr la aventura sorprendente de leer sus libros. ■ EDUARDO HARO IBARS.



Theo: Oleos de Valdivieso

A los que conocemos al Valdí, a los que tratamos algunas veces, nos sorprende siempre esa manera que tiene de tratar la pintura, como si no estuviese instalado en ella, como si fuese más un pescador dominical que un pintor. De la misma manera trata su propia pintura. No es que él sea uno de esos pintores en los que la temática adquiere un protagonismo absorbente, sino que él realiza, con toda deliberación, una pintura en la que el motivo inductor, a pesar de su aparente banalidad —y a veces insistiendo con deliberación en ella— permanece como protagonista. En Valdivieso, cualquier cosa puede ser motivo de un gran cuadro: una naturaleza muerta; la luz filtrada por entre unas muchachas en flor junto a la ventana; una mujer tocando



Guinovart.

un "cello" —el violoncello, por cierto, es uno de los instrumentos-mito de Valdí, como la guitarra lo fue para los cubistas—. "Muchachas en flor": he estampado al azar unas palabras proustianas. A partir de ellas, yo creo, podríamos descubrir un proustianismo de Valdivieso, que es capaz de elaborar su mundo a partir de un tema, mínimo al parecer, pero con capacidad para agigantarse. De todas maneras, procuremos no equivocarnos con ese aparente menosprecio por el protagonismo pictórico en la obra de Valdí. El enseña todo lo demás, pero es porque el pictoricismo es lo primero. Es como un olvido de lo sabido. Pocos artistas, puestos a pintar, son tan "pintores" como Valdivieso. A mí me recuerda, sin que tenga mucho que ver en el estilo, a Matisse. El pinta como jugando con una temática. Y juega efectivamente. Pero para él, el juego es vida.

MAMPASO: En la galería Cellini

Mi amigo Manolo Conde, en su introducción a la obra de Mampaso en esta exposición, gasta, me parece a mí, excesivo esfuerzo en demostrar la hora tan temprana de la pintura española en que llegó Manolo Mampaso a la pintura no figura-

tiva. Yo estaba muy cerca de Mampaso —en el viejo estudio de María de Molina, 15— cuando éste pintaba sus "verdes y redes", que fue en realidad la obra que más encrespó los ánimos polémicos cuando a todo el arte moderno se le consideró, en el año 51, "la revancha de los chibiris". Y sé muy bien la voluntad de no figurativismo que había en Manolo cuando realizó esa obra. Pero... pero, ahora, al revisar todo aquello, especialmente la obra de Mampaso, pienso que no. Que no estaba por el camino que la veíamos, el de su aportación. No: no estoy dándole la razón a los acusadores de entonces; ni mucho menos le discuto a aquella obra sus evidentes valores. Lo que sí hago es reconsiderar las aportaciones del pintor entonces.

Nosotros, beatos de lo nuevo, le aplaudíamos a Mampaso su radical negación representativa.



"Mujer con flores", de Valdivieso (1975).